

I

El grupo de colonos se arremolinaba en la explanada del puerto de Málaga. Las mujeres con su prole se cobijaban del calor reinante bajo la escasa sombra que proyectaban los carros repletos de sus míseros enseres. Más cerca del fondeadero, los hombres observaban sorprendidos el laboreo afanoso de los estibadores. El trajín de mercancías, buques y pasajeros era un mundo extraño que descubrían por primera vez y los mantenía extasiados. Los captadores, encargados también de la logística, realizaban continuas idas y venidas a la ciudad en busca de los pertrechos necesarios para que la caravana afrontase el último tramo del viaje. A mediodía, se puso en movimiento aquel tropel de soñadores, de aventureros comedidos que codiciaban alcanzar su destino final.

Siempre que el camino les obligaba a atravesar las calles de una población, en este caso Fuengirola, se reproducía la misma escena: lugareños asomados a puertas, ventanas y balcones; espectadores asombrados por un desfile de más de quinientas personas que hablaban con acento levantino y vestían ropajes de otros lares. Como de costumbre, algún valiente hubo que se les unió a las afueras del pueblo, a hurtadillas, con lo puesto, casi avergonzado por abandonar su hogar y ansiar siquiera la posibilidad de un futuro más halagüeño. Los captadores le hacían las cuatro preguntas de rigor, de un vistazo comprobaban su buena salud, y el enrolado firmaba un papel, las más de las veces con una simple cruz. Todos habían superado esta prueba, en cuyo criterio de selección, a tenor del patrón físico de los elegidos, primó una determinada uniformidad: hombres recios, fuertes, con la piel tostada por el trabajo de sol a sol, con las manos curtidas y las frentes arrugadas prematuramente. La recluta de estos reputados labradores se hizo en tierras de tradición hortelana: Valencia, Murcia y el litoral oriental andaluz. Atrás dejaron la vida de secular miseria a la que estaban abocados por su condición de pequeños aparceros o jornaleros. Pese a que estas gentes, de natural, eran desconfiadas y poco dadas al trasiego, bastó la promesa de un jornal seguro así como el buen nombre de quien patrocinaba la empresa para convencerlos. El emprendedor fiable no era otro que don Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, prócer del Reino, capitán general, ex presidente de la Cámara Alta; hombre de ímproba valía que comprometía su riqueza en la adquisición de unos terrenos a lo largo de la costa malagueña para impulsar el desarrollo de una colonia agrícola.

La columna vivaqueó al lado del río del cual toma su nombre Fuengirola. Se aprestaban a vadearlo con las primeras luces del día cuando el Marqués hizo acto de presencia. Un murmullo se expandió entre los campesinos al ver, por fin, a su benefactor, el nombre venerado que corría de boca en boca desde que iniciaron su trayecto, un mito o semidiós en su particular imaginería. Don Manuel, enhiesto a

lomos de su cabalgadura, correspondió a la expectación: se descubrió del emperifollado sombrero que portaba y asintió levemente a modo de saludo mientras los rebasaba. Le acompañaban su esposa y más de cincuenta personas entre sirvientes, ayudantes y futuros técnicos de la explotación; algunos de ellos, como el mismo noble, uniformados. Con el general y su séquito a la cabeza se reanudó la marcha.

Dos días tardaron en cubrir la distancia que separaba la capital de los terrenos que comprenderían la futura colonia. Franqueados los límites de la propiedad, conforme se alejaron del camino viejo de Estepona a Marbella, hubieron de abrirse paso a golpe de machete. Estaban en un terreno pantanoso e insalubre, lleno de vegetación lacustre. Al lado de la playa, pequeños pinares y matorral mediterráneo moteaban de verde unas descuidadas planicies cubiertas de hierba seca, auténticos eriales que completaban un decepcionante cuadro. Don Manuel se detuvo al dar con un claro a media legua del mar, oteó el horizonte, miró fijamente a su esposa que le devolvió el gesto con un asentimiento cómplice, intercambió unas palabras con el topógrafo, y dijo: “Es aquí”. Los caballeros desmontaron y se formó un corro alrededor del Marqués, quien, sobre una improvisada tarima instalada por sus edecanes, inició un breve discurso: “Hoy, día del Señor diecinueve de octubre de mil ochocientos sesenta, en nombre mío, como legítimo dueño de la hacienda, tomo posesión efectiva de estos predios, que en adelante recibirán el nombre de San Pedro Alcántara, en honor al patrón del día y a la veneración que por el mismo siento mi esposa y sentía mi difunta madre. Espero, gracias a la ayuda de nuestro Señor y al sudor de nuestra frente, que estas tierras baldías, mañana contemplarán el mejor y más renombrado vergel del Reino. Nada puede detener a la perseverancia y al trabajo, virtudes que habrán de blasonar por siempre el comportamiento de esta Colonia. He dicho”. Para terminar las solemnidades, con la luz crepuscular de testigo y ante un silencio sepulcral, el cura comenzó la misa de *Te Deum* en el mismo lugar donde más tarde se erigiría la iglesia, bendijo todo lo humano y lo divino y agradeció a Dios su infinita bondad por haberlos transportado sanos y salvos hasta aquella “tierra prometida”.

La noche cayó sobre el grupo. Muchos durmieron pesadamente, sabedores del trabajo duro que les esperaba al día siguiente; pero otros, la mayoría, no consiguieron pegar ojo desengañados por lo visto. El Marqués departió con sus ayudantes hasta altas horas, fue el último en acostarse y durmió a pierna suelta, soñando, por supuesto.